

el memorable 2 de Abril de 1867, la derrota de Márquez en S. Lorenzo, y por último, el sitio de la Capital de la República y su rendición incondicional al victorioso General Díaz, Jefe del Ejército de Oriente, el 21 de Junio de 1867, bastan á nuestro intento para afirmar sin hipérbole, que él fué el primero en esta gloriosísima epopeya que se desarrolló en nuestra patria desde que los extranjeros asentaron su planta en el puerto de Veracruz, hasta que Maximiliano sucumbió ajusticiado conforme á nuestras leyes, en el Cerro de las Campanas.

Finalmente, llegamos á la época actual, en la que el Sr. General Díaz, encauzando las fuerzas vitales, pero latentes todavía de nuestra patria, que bien pudiéramos llamar, esta nueva tierra de promisión, se revela como eminente hombre de Estado, reprimiendo con la mayor entereza, toda tendencia á perturbar la paz, porque comprendía que sin ella eran imposibles nuestros adelantos y nuestro progreso, en todas las múltiples manifestaciones en las que después ha podido desarrollarse, bajo el influjo de su administración, dirigida con firme y reguladora mano. Por último, á él se debe que el mundo culto nos considere en primer término entre las Repúblicas de la raza latina, enclavadas en el continente americano, en esta tierra clásica de la libertad.

De la época actual, es precisamente de la que trata la presente obra; en ella nuestra misión es muy limitada, es la del compilador de documentos oficiales, porque el mismo Sr. General Porfirio Díaz, como Presidente de la República, se ha ocupado en narrar la historia de su administración, dando cuenta periódicamente de ella, á la Representación Nacional y al pueblo mexicano. Por este motivo, nadie negará que dicha historia tiene toda la autenticidad que le imprime la respetabilísima y autorizada voz del autor mismo de los acontecimientos.

Pedimos que se nos excuse por esta digresión, que sin embargo, hemos conceptuado indispensable, porque el presente

estudio no tiene el carácter vulgar que comunmente se atribuye á los rasgos biográficos, se dirige á un objeto más importante y de más trascendencia; nos permitimos presentar al Sr. General Díaz ante la historia, no solamente de nuestra patria, sino ante la que deberá escribirse bajo el dictado de la universalidad de los acontecimientos más notables del mundo civilizado en la segunda mitad del siglo XIX, cuya luminosa estela no se extinguirá jamás en la historia humana, porque en ella resplandecen perdurables hechos y un espíritu eminentemente científico y civilizador que aquel siglo ha legado á la posteridad como inviolable herencia.

\*  
\* \*  
\*

Es indispensable, en los presentes estudios, que solo se refieren á la vida política y militar del Sr. Gral. Porfirio Díaz, y que tan íntimamente se relacionan con la historia de nuestra patria, ocuparnos de los acontecimientos más importantes, señalando sus naturales lineamientos, como generadores de una época perfectamente definida, en la que los mismos hechos dieron al estado social del país una nueva dirección, y con ella una nueva vida también, desligándolo de un azaroso pasado, con todos los errores de añejas preocupaciones que por tanto tiempo habían retardado el progreso de nuestra nación, tan llena de virilidad, como de innúmeros elementos de prosperidad y de riqueza.

Recordamos haber expresado, que la revolución de Ayutla tuvo por objeto, encabezada por el partido liberal, socavar con sus ideas, los cimientos de un luctuoso pasado, en el cual se habían amparado las instituciones del centralismo político, que llegó á tomar una forma más concreta en la administración del General Santa Anna, que antes hemos anatematizado. El partido nacional, triunfó al fin en los campos de Ayutla, y

ocupada la capital de la República, establecido el Gobierno y reunido el Congreso constituyente, fué promulgada la Constitución de 1857, que actualmente nos rige, y en la que se condensaron los ideales del partido liberal, que tantas veces había derramado por ellos su sangre generosa en más de cien combates.

Sin embargo, los conservadores que no podían avenirse nunca con esta situación, arrancada á sus manos por las repetidas victorias sobre los mismos alcanzadas, no desmayaron en su obstinada y tenaz resistencia, y continuaron perturbando la paz en los principales Estados de la República, habiendo encontrado eficaz apoyo en limitadas personalidades del alto clero, quienes prodigaban sus cuantiosos recursos para renovar la lucha, que siéndoles propicia entonces, se aprovecharon, además del golpe de Estado de Comonfort, quien violando los deberes contraídos con el partido liberal que le había elevado al poder, trastornó de tal manera el orden legalmente constituido, que la situación cayó en manos de los reaccionarios, los que después ocuparon la Capital con las fuerzas al mando del General Miguel Miramón, que se proclamó Presidente de la República.

Entonces el Sr. Juárez, como Presidente de la Suprema Corte de Justicia de la Nación, asumió legalmente la Primera Magistratura del país, conforme al Pacto Federal, y se dirigió á los Estados del Centro, que se habían coaligado para sostener el orden constituido; pero á riesgo de perecer en Guadalajara en un motín militar, se vió precisado á salir violentamente para la costa, embarcándose en el Manzanillo y arribó después á Veracruz, cuyo pueblo, amante siempre de la libertad, le acogió con el entusiasmo de que dió señaladas pruebas, prodigando su sangre y sus vidas, cuando Miramón sitió aquella plaza y al perseguirle en su fuga.

En Veracruz expidió el Sr. Juárez las Leyes de Reforma, y como base de ellas, estableció desde entonces la independen-

cia entre el Estado y la Iglesia, la libertad de cultos, el matrimonio civil y las demás que debían ser su complemento. Estos inusitados avances en los momentos en que se creía que el partido liberal estaba próximo á sucumbir, motivó entre ambos partidos, una de las épocas más sangrientas que se registra en la historia de México, porque entre los combatientes se luchaba por la existencia, es decir, por el ser ó el no ser; pretendiendo los liberales abrir infranqueable abismo entre el pasado y las nuevas ideas por ellos sustentadas, con el fin de obtener á todo trance la regeneración de la patria, retardada con tan cruel y temeraria tenacidad por los conservadores.

Esta época es conocida en nuestra historia con el nombre de la Guerra de tres años ó de Reforma, siendo, en efecto, la que ocupa hoy esta parte de nuestra narración; período indudablemente memorable, en el cual prestó tan eminentes servicios á la causa de la patria el Sr. General Díaz, según se observará con admiración en todo nuestro relato, el que vamos á reanudar con la sinceridad propia del escritor imparcial, aunque con el natural entusiasmo del que olvidar no puede, como mexicano, las glorias del Caudillo, que se proyectaban con todo su esplendor, sobre los futuros destinos de México.

\* \* \*

En efecto, venimos á continuar nuestra interrumpida narración, reseñando un período verdaderamente admirable, en el que el Teniente Coronel Díaz, á un valor y entereza inquebrantables, reunió la previsión y una perspicacia tan certera, que debido solamente á estas cualidades, propias de su gran genio militar, pudo sostener en Tehuantepec una situación tan comprometida como azarosa, que para cualquier otro Jefe hubiera sido imposible mantener.

Era precisamente la época en que, como hemos expresado

antes, el partido reaccionario había obtenido triunfos de no escasa importancia en el país, entre otros, la ocupación de la Capital de la República y el sitio de Veracruz, asiento provisional de los Poderes de la Nación, legítimamente constituidos bajo el Gobierno del Sr. Juárez.

Con el objeto de no ser difusos, pues el presente estudio sólo tiene el carácter de apuntamientos históricos, indicaremos en breve enumeración cada uno de los hechos de más importancia en que se manifestara, con un sentimiento siempre latente y sin tregua, el patriotismo del Teniente Coronel Porfirio Díaz.

En Junio de 1859, obtuvo en la Mixtequilla una señalada victoria contra las fuerzas reaccionarias, logrando expulsarlas de toda aquella región, la cual entró en un período de paz y de tranquilidad relativas. Aquel hecho de armas, preparó otro de no menos trascendencia para la causa nacional, en los momentos en que los patriotas parecían indecisos por falta de recursos y por la preponderancia, aunque transitoria, que los reaccionarios ostentaban en casi todo el país, en el que habían podido obtener algunos triunfos; sin embargo, el partido liberal, siempre militante por sus ideales, esperaba en los importantes Estados de Guerrero, Michoacán y Jalisco, que se le auxiliara con armas y municiones de guerra para sostener una lucha asaz desigual con sus contrarios, quienes pretendían dominar presto á la nación, haciéndola retroceder á los desventurados tiempos del centralismo político, implantado por el General Santa Anna, de tristísima recordación para nuestra patria; y es seguro, que al realizarse estos propósitos, hubieran sido completamente estériles las imperecederas conquistas alcanzadas por el partido nacional en los campos de Ayutla; afortunadamente, aquellos temores pronto se desvanecieron, porque á pesar del estado precario de la situación, se procuró no levantar el espíritu público, que se hallaba siempre en pie, sino atender á las necesidades del momento, en-

viando armas y municiones de guerra á los Estados del centro y Costa del Pacífico para continuar la lucha que se había creído felizmente terminada con el triunfo de la revolución de Ayutla.

Esta ligera narración de los sucesos de aquella memorable época, no huelga ciertamente, porque ella nos conduce á considerar la trascendencia de un acontecimiento verdaderamente notable, que si no hubiera sido dirigido por habilísima mano, por el valor, la perspicacia y el patriotismo del Teniente Coronel Díaz, la causa nacional habría sufrido en el interior del país serios reveses, y tal vez sucumbido á manos de sus preponderantes enemigos.

En efecto, una importante expedición compuesta de gran cantidad de armas y de municiones de guerra había llegado á las costas del Estado de Veracruz, cuya capital ocupaba el Gobierno Nacional, debiendo desembarcar en Minatitlán dicha expedición, á algunas jornadas del Istmo de Tehuantepec, hasta donde se extendía el mando político y militar del Teniente Coronel Díaz. Con tal motivo, el Sr. Juárez, conociendo que sólo este Jefe era capaz de hacerla llegar á su destino, le comisionó para recibirla conduciéndola á su término, de cuya importancia y necesidad del éxito él se penetró como probado patriota, sin desconocer los riesgos de aquella comisión; y aunque todavía se resentía de sus numerosas heridas, de una de las cuales se le acababa de extraer una bala, emprendió la marcha á través del Istmo por caminos intransitables, á causa de la naturaleza misma del terreno, que escabroso en determinados pasos, y cruzado en otros por ríos y extensos esteros ó lagos pantanosos, á la par de los peligros que le oponía un enemigo dispuesto siempre á combatirlo, con el que tuvo que luchar sin tregua, al fin condujo felizmente al puerto de la Ventosa el armamento, municiones de guerra y el equipo de que se trata, todo lo cual pasó ileso á manos de los patriotas de los Estados de Guerrero, Michoacán y Jalisco, lo cual

reanimó su valor, pudiendo hacer frente satisfactoriamente y desde entonces, á los reaccionarios que tantas ventajas habían obtenido en dichos Estados.

La trascendencia de la expedición que ha ocupado nuestro relato, puede haber pasado á nuestros tiempos solamente en calidad de un hecho de notoria importancia, como otros tantos de aquella memorable época; sin embargo, nos ha sido necesario á fuer de historiadores que sólo se inspiran en la verdad, hacerlo conocer desde su origen, en su desarrollo y en sus trascendentales consecuencias, porque con el mismo hecho se proyecta el agente, es decir, el Teniente Coronel Porfirio Díaz, en toda su grandeza, por su previsión y su valor, observándose desde entonces, como consecuencia indeclinable, los resultados producidos por la poderosa acción de aquel Jefe en los acontecimientos ulteriores del país, los cuales normalizaron la resistencia en tres Estados de la mayor importancia en la República, resistencia que comenzaba á decaer por falta de aquellos recursos.

No entra en nuestros propósitos relatar los hechos que fundan nuestra narración, con los vivos colores que aumentar pudieran su trascendencia y su importancia. Pasada ya la generación que los presencié, la que hoy la ha sucedido, viviendo en medio de los goces de una paz duradera, no puede tener una idea clara y precisa de la tormentosa época que venimos historiando, y por esta razón, no es de extrañar que nuestro relato palidezca á veces, decayendo en detalles que fuera indispensable conocer; y porque no es lo mismo haber palpado los acontecimientos ó ser en ellos principal agente, conforme al medio en que se han desarrollado, que, como historiador, volver los ojos al pasado para describirlo en el silencio del gabinete, presa de incesantes vacilaciones. Sin embargo, hemos procurado presentar los hechos más culminantes, es decir, aquellos en que la posteridad ha estado conforme por su reconocida trascendencia en la historia de nuestra patria.

Triunfantes los reaccionarios, como hemos expresado anteriormente, y enseñoreados de casi toda la extensión del país, comenzando por la ocupación de la Capital de la República, no eran de extrañarse los repetidos descalabros de las fuerzas liberales, precisamente en los momentos en que más resaltaban los servicios prestados á la Nación por el Teniente Coronel Díaz, quien se substraigo, por su valor y su pericia á la suerte que cupo á otros jefes de mayor graduación, como el General Ignacio Mejía, Jefe de las tropas de Oaxaca, quien con tres mil hombres, fué completamente derrotado en Teotitlán del Camino, marchando las tropas vencedoras sobre la capital de Oaxaca, al mando de Cobos, quien sometió desde luego á su dominio los Distritos de Villa Alta y Tehuantepec.

El armamento de las fuerzas liberales era numeroso y de importancia en aquel Estado; por consiguiente, el Sr. Juárez, desde Veracruz mandó embarcarlo, tomando el rumbo de Tehuantepec, pero comprendiendo después el Supremo Gobierno, que era imposible esta expedición, dió orden al Teniente Coronel Díaz para que destruyera dicho armamento, retirándose á Veracruz. No era posible, que reconocido el valor y el patriotismo de este Jefe, se prestara á sacrificar los valiosos elementos de defensa con los que contaba el partido nacional, acumulados en el Estado de Oaxaca; y en consecuencia, remiso en obedecer órdenes superiores, aunque atento siempre al bien de la patria, procuró con esfuerzos inauditos, porque le perseguía de cerca una fuerza de 800 hombres al mando de los reaccionarios Alarcón y Trujeque, transportar á Juchitán el material de guerra que conducía, cuya población podía ser defendida por la lealtad de sus hijos; al efecto organizó desde luego nuevas fuerzas, asumiendo firmemente una actitud de defensa.

Sin embargo, ni Alarcón ni Trujeque habían intentado ata-

carlo, permaneciendo en Tehuantepec, en una inacción tal vez forzada por la presencia del Teniente Coronel Díaz, quien por su parte no pudo nunca avenirse con la ocupación de la capital de su Estado natal por fuerzas reaccionarias, y menos aún al mando del aventurero Cobos. Fijo su ánimo en esta idea, se preparó á entrar de nuevo en acción á pesar de la desigualdad en la lucha, y el día 24 de Noviembre de 1859, emprendió la marcha con 300 hombres, dirigiéndose desde luego sobre Tehuantepec, cuya plaza defendida por Alarcón, fué atacada por Díaz, valiéndose de habilísima estrategia, porque en la noche de su arribo, había colocado cautelosamente sus escasas fuerzas de manera que se creyera, en los momentos de la acción, que la plaza se hallaba completamente circunvalada. Después de dictadas todas sus disposiciones, en los primeros albores de la mañana, sus tropas rompieron el fuego, y él con el grueso de ellas se dirigió personalmente sobre el cuartel, que era el punto mejor defendido, y por consiguiente el más importante. Alarcón se defendió tenazmente en su cuartel, por cuyo motivo las tropas de Díaz comenzaron á flaquear, pero habiendo logrado reanimarlas con su voz y su valiente actitud, consiguió al fin ocupar la posición del enemigo, derrotándole completamente. Sin embargo, Trujeque que mandaba la caballería, se presentó en los momentos de la derrota de sus compañeros, y cargando sobre los vencedores, no pudo recobrar la plaza ocupada, porque las fuerzas al mando del Teniente Coronel Díaz perfectamente disciplinadas por él, se formaron en cuadro frente á la caballería enemiga, haciéndola retroceder en vergonzosa fuga, habiéndoles quitado como botín de guerra 700 fusiles y algunos pertrechos, que abandonaron en su derrota. En consecuencia, libre ya la ruta por Tehuantepec para emprender el camino de la costa, pudo embarcarse el armamento destinado á los Estados del Norte.

En virtud de tan señalado hecho de armas, el Supremo Gobierno ascendió á Porfirio Díaz al grado de Coronel, distinción justamente obtenida en los campos de batalla.

\*  
\*  
\*

El Gobernador de Oaxaca, Díaz Ordaz, permanecía en Ixtlán en observación, pero alentado por este nuevo triunfo, se puso en contacto con el Jefe vencedor, quien infatigable por la causa nacional, tomó resueltamente la ofensiva sobre los reaccionarios. A este efecto, el Coronel Díaz organizó nuevas fuerzas, aunque poco aptas para emprender una campaña tan llena de peligros y tan desigual por los poderosos elementos contrarios. También se reunió á dicho Jefe un cuerpo limitado de tropas del Estado de Chiapas.

Con estas fuerzas salió de Tehuantepec dirigiéndose sobre la capital de Oaxaca, habiéndose convenido que el punto de reunión sería las inmediaciones del pueblo de Tlacolula; pero informado Cobos de este movimiento, ordenó la salida de una brigada de 1,000 hombres compuesta de sus mejores tropas, al mando de Marcelino Cobos, con el objeto de impedir la concentración de los liberales batiéndolos en detail y conseguir así sobre ellos, un triunfo definitivo.

En efecto, este plan era el más á propósito para desconcertar á otro Jefe que no tuviera el valor y la entereza del Coronel Díaz, quien además, no podía desconocer la gravedad de la situación, porque las tropas colectivas que le seguían comenzaron á dar evidentes muestras de insubordinación, por cuyo motivo, poniéndose desde luego á la altura de los sucesos para dominarlos, y forzando sus propios sentimientos, ordenó que fueran fusilados en el acto los cabecillas de aquel conato de rebelión militar, que reconocía por base la indisciplina de tropas no acostumbradas á los azares de la guerra, á la cual debían concurrir con sus vidas para la salvación de la patria.

Esta violenta medida fué en efecto salvadora, y así pudo continuar su marcha para reunirse con el Gobernador Díaz